

el Sr. Proudhon cita este pasaje, y no puede resistir á la tentacion de protestar que él no está endemoniado: «Tranquicense, dice, mis lectores, y no teman respirar un infernal hedor al leerme.» Esto dice siempre el demonio á los que le escuchan. Tras esto aquel desdichado se compara con nuestro Señor Jesucristo, á quien «los jesuitas de Jerusalem decian que estaba endemoniado, *daemonium habet.*» Aquí el diablo entrega la carta, y el hedor infernal se percibe con más fuerza. Acusa, en fin, al Sr. Donoso de querer achicharrarle: «Aquí hace lo que él puede por encamisarme y echarme el sambenito; y en el primer auto de fé gritará al verdugo: *atiza.*» Si hubiera habido para el Sr. Proudhon el menor peligro de ser quemado, á buen seguro que el diablo le hubiese empujado por el camino de blasfemias que aquel infeliz vomitó: ya él habria buscado otros medios para meter ruido; pues siempre supo juntar el desenfado con la prudencia. Por lo demás, ésto es lo único que le ocurrió contestar al libro del Sr. Donoso; el diablo, su maestro, le sugirió que era más cómodo hablar de jesuitas, de encamisados y de autos de fé, que refutar esta irrefutable demostracion de lo inconsistente y lo absurdo de sus teorías.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

El más consecuente de los socialistas modernos, bajo el punto de vista de la cuestion que venimos ventilando, me parece ser Roberto Owen (1), cuando rompiendo en abierta y cínica rebelion contra todas las religiones, depositarias de los dogmas religiosos y morales, negó de un golpe el deber, negando no solo la responsabilidad colectiva, que constituye el dogma de la solidaridad, sino tambien la responsabilidad individual, que descansa en el dogma del libre albedrío del hombre. Negado el libre albedrío, Roberto Owen niega la

(1) Roberto Owen, nacido en Newton (1771), condado de Montgomery (Inglaterra), entró joven en el comercio y se hizo considerablemente rico. Antes de formular su sistema habia tratado de aplicarlo á un establecimiento industrial, fundado por él en New-Lanark. En 1812 publicó sus *Nuevas perspectivas de la sociedad* (*New-Views of Society.*—Londres, I. t. en 8.º) A pesar de lo absurdo y lo inmoral de sus doctrinas, estuvo algun tiempo en boga. El primer ministro lord Liverpool le dispensó proteccion; algunos soberanos le dirigieron cartas autógrafas; el rey de Prusia le envió una medalla de oro, y los duques de Kent y Sussex, hermanos del rey, presidieron asambleas celebradas en su honor. Owen, embriagado con tales triunfos, se proclamó *favorito del universo*, y en 1818, con motivo del Congreso de Aquisgran, publicó un *Comunicado á los soberanos*. Pero pronto comenzó su decadencia, viéndose obligado en 1823 á huir de su país

trasmision de la culpa y la culpa misma. Hasta aquí no puede dudarse sino que hay lógica y consecuencia en todas estas deducciones; pero donde comienza la contradicción y la extravagancia, es cuando Owen, negada la culpa y el libre albedrío, afirma y distingue el bien y el mal moral; y cuando afirmando y distinguiendo estas cosas, niega la pena, que es su consecuencia necesaria.

El hombre, según Roberto Owen, obra en consecuencia de convicciones invencibles. Esas convicciones le vienen, por una parte, de su organización especial, y por otra, de las circunstancias que le rodean; y como él no es autor ni de aquella organización ni de estas circunstancias, síguese de aquí que así la primera como las segundas obran en él fatal y necesariamente. Todo esto es lógico y consecuente; pero por lo mismo es ilógico, contradictorio y absurdo afirmar el bien y el mal cuando se niega la libertad humana. El absurdo llega hasta lo inconcebible y lo monstruoso, cuando nuestro autor intenta fundar una sociedad y un gobierno en esta juxta-posición de seres irresponsables. La idea del gobierno y la idea de la sociedad son correlativas á la de la libertad humana. Negada la una, procede la negación de las otras juntamente; y cuando no se niegan ó se afirman todas á la vez, no se hace otra cosa sino afirmar y negar la misma cosa á un mismo tiempo. Yo no sé si hay en los anales hu-

y refugiarse en los Estados-Unidos: allí fundó en la Indiana una especie de colonia formada por todos los que deseaban seguir sus doctrinas, y le dió el nombre de *Nueva Armonía*. Este ensayo acabó de arruinarle, obligándole á regresar á Inglaterra en 1827. En 1848, creyendo ser aquella ocasión favorable, se trasladó á París, con esperanzas de que su sistema fuese adoptado por los socialistas, y aún por el mismo Gobierno provisional; pero no obtuvo ningún resultado. Roberto Owen publicó muchos artículos, opúsculos y escritos de todas clases. La obra en que principalmente expone su sistema, se intitula: *Revoluciones en la inteligencia y en la política de la raza humana* (*Revolutions in the mind and practice of the human race*, 1850.)

manos testimonio más insigne de ceguera, de inconsecuencia y de locura que el que Owen da de sí cuando después de haber negado la responsabilidad y la libertad individual, no satisfecho con la extravagancia de afirmar la sociedad y el gobierno, pasa todavía más adelante, y da consigo en la extravagancia inconcebible de recomendar la benevolencia, la justicia y el amor á los que, no siendo ni responsables ni libres, ni pueden amar, ni pueden ser justos ni benevolentes.

Los límites que me he impuesto á mí propio al emprender esta obra, me impiden pasar aquí tan adelante como fuera menester por el anchísimo campo de las contradicciones socialistas. Las expuestas bastan y aún sobran para dejar puesto fuera de toda duda el hecho incontrovertible de que el socialismo, bajo cualquier punto de vista que se le considere, es una torpe contradicción, y que de sus escuelas contradictorias ninguna otra cosa puede salir sino el caos.

Su contradicción es tan palpable, que no nos será difícil ponerla de bulto y como de relieve, aún en aquellos puntos en los que parece que todos estos sectarios andan unidos y conformes. Si hay alguna negación que les sea común, esta es ciertamente la negación de la solidaridad familiar ó nobiliaria. Llegados aquí todos los doctores revolucionarios y socialistas, alzan la voz para negar esa mancomunidad de glorias y de infortunios, de méritos y de deméritos que el género humano ha reconocido como un hecho entre los ascendientes y sus descendientes, en todas las edades. Pues bien, esos mismos revolucionarios y socialistas afirman de sí en la práctica, sin saberlo, aquello mismo que vienen negando de los otros en la teórica. Cuando la revolución francesa, sangrienta y desmelenada, puso debajo de sus pies todas las glorias nacionales; cuando embriagada con sus triunfos creyó estar cierta de su definitiva victoria, se apoderó de ella no sé qué orgullo aristocrático y de raza, que estaba en directa oposición con todos sus dogmas. Entonces fué cuando

los revolucionarios más insignes, dándose en espectáculo á las gentes como los antiguos barones feudales, comenzaron á mostrarse escrupulosos y remisos en dar á los extraños carta de naturalizacion en su nobilísima familia. Mis lectores recordarán aquella pregunta famosa dirigida por los doctores de la nueva ley á los que se presentaban á ellos vestidos con el blanco ropaje de la candidatura: ¿Qué crimen habeis cometido? ¡Desventurado aquel que no habia cometido ninguno, porque jamás veria abiertas para él las puertas del Capitolio, en donde relampagueaban con tremenda majestad los semidioses revolucionarios! El género humano habia instituido la nobleza de la virtud; la Revolucion dejó instituida la del crimen.

Cuando despues de la revolucion de Febrero hemos visto á socialistas y republicanos dividirse en categorías, separadas unas de otras por abismos formidables; cuando los unos, con el título de republicanos *de la vispera*, han derramado el escarnio y el baldon sobre los otros que no habian sido republicanos sino *del día siguiente*: cuando más afortunados, y por consiguiente más altivos que todos los demás, se han levantado algunos diciendo: toda la arrogancia es nuestra, porque el republicanismo es en nosotros familiar y nos viene con la sangre; ¿qué viene á ser esto sino proclamar, en pleno republicanismo, todas las preocupaciones nobiliarias?

Examinad bien una despues de otra todas sus escuelas; todas y cada una de por sí pugnan por constituirse en una familia y por buscar el ascendiente más noble. En este grupo familiar, el ascendiente es San Simon el nobilísimo; en aquel, Fourier el ilustre; en el otro, Babeuf el patriota: en todos hay un jefe comun, un patrimonio comun, una gloria comun, un encargo comun; y todos los grupos y todas las familias, unidas entre sí por una estrecha solidaridad, buscan en las edades pasadas alguna personalidad tan noble,

tan alta, tan excelsa, que pueda servirles á todas de vínculo y de centro. Los unos ponen los ojos en Platon, personificacion gloriosa de la sabiduría antigua; los más, levantando su loca ambicion hasta la altura de una blasfemia, los ponen en el Redentor del género humano; quizás le olvidaran por desvalido y por pobre, le desdeñaran por humilde; pero en su insolente orgullo no olvidan que, humilde y pobre y desvalido, era rey y sentia correr por sus venas la nobilísima sangre de los reyes. Por lo que hace á Mr. Proudhon, tipo perfecto del orgullo socialista, el cual es á su vez el tipo perfecto del orgullo humano, remontándose á edades más escondidas en alas de su soberbia, sube en busca de sus ascendientes hasta aquellos tiempos vecinos de la creacion que florecieron entre los hebreos las instituciones mosáicas. En ocasion más oportuna demostraré cumplidamente que por lo que hace á Mr. Proudhon, su nobleza es tan antigua y su estirpe tan ilustre, que para encontrar su cepa es necesario subir más todavía, hasta llegar á unos tiempos puestos fuera del ancho círculo de la historia, y á unos seres, en lo perfectísimos y altísimos, incomparablemente superiores á los hombres. Por ahora basta para mi propósito dejar aquí consignado que las escuelas socialistas están condenadas á la contradiccion y al absurdo, de una manera irrevocable; que cada uno de sus principios es contradictorio del que le precede y del que le sigue; que su conducta es la condenacion completa de todas sus teorías, y que sus teorías son la condenacion radical de su conducta.

Solo nos falta ahora formarnos una idea aproximada de lo que seria el edificio socialista sin esas faltas de proporcion que le afean y que le ponen fuera de todo género regular de arquitectura. Visto lo que es el socialismo actual en sus dogmas contradictorios, no parece fuera de propósito que examinemos aquí brevemente lo que ha de ser el socialismo verdadero, cuando, por la virtud misteriosa que reside en toda

teoría, vaya perdiendo con la duración lo que hay en él de contradictorio y de inconsecuente. El método aquí consiste en aceptar por punto de partida cualquiera de las proposiciones afirmadas en comun por todas las escuelas, y sacar de ella una en pos de otra las consecuencias que contiene.

La negación fundamental del socialismo es la negación del pecado, esa gran afirmación, que es como el centro de las afirmaciones católicas. Esta negación lleva consigo por vía de consecuencia una serie de negaciones, relativas unas al ser divino, otras al ser humano, y otras al ser social. Recorrer toda esa serie sería cosa imposible y ajena además de nuestro propósito; lo que nos cumple solamente, es señalar las más fundamentales entre esas negaciones.

Los socialistas niegan el pecado y la posibilidad del pecado juntamente. Negado el hecho y la posibilidad del hecho, procede la negación de la libertad humana, que no se concibe sin el pecado, ó por lo ménos sin la potestad en la naturaleza humana de convertirse de inocente en pecadora.

Negada la libertad, queda negada la responsabilidad del hombre. La negación de la responsabilidad lleva consigo la negación de la pena: negada esta, procede, por una parte, la negación del gobierno divino, y por otra, la de los gobiernos humanos. Luego, por lo que hace á la cuestión del gobierno, la negación del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, queda negada la responsabilidad en comun: lo que se niega del individuo, no puede afirmarse de la especie, lo cual significa que no existe la responsabilidad humana; y como quiera que no puede afirmarse de algunos lo que, por una parte, se niega de cada uno de por sí, y por otra de todos, síguese de aquí que, una vez negada la responsabilidad del individuo y la de la especie, procede negar la responsabilidad de todas las aso-

ciaciones. Esto significa que no hay responsabilidad social, ni responsabilidad política, ni responsabilidad doméstica. Luego, por lo que hace á la cuestión de la responsabilidad, la negación del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, la doméstica, la política y la humana, procede la negación de la solidaridad en el individuo, en la familia, en el Estado y en la especie; como quiera que la solidaridad, ninguna otra cosa significa sino la responsabilidad en comun. Luego, por lo que hace á la solidaridad, la negación del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la solidaridad en el hombre, en la familia, en el Estado y en la especie, es forzoso negar la unidad en la especie, en el Estado, en la familia y en el hombre; como quiera que la identidad entre la solidaridad y la unidad es tan completa, que lo que es uno no puede concebirse sino como siendo solidario, ni lo que es solidario sino como siendo uno. Luego, por lo que hace á la cuestión de la unidad, la negación del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la unidad con una negación absoluta, proceden las negaciones siguientes: la de la humanidad, la de la sociedad, la de la familia y la del hombre. En efecto, ninguna cosa existe sino con la condición de ser una, y por lo mismo no puede afirmarse que la familia, la sociedad y la humanidad existen sino con la condición de afirmar la unidad doméstica, la política y la humana; negadas estas tres unidades, procede la negación de esas tres cosas. Afirmar su existencia y negar su unidad es contradecirse en los términos. Cada una de esas cosas ha de ser una, ó no ha de ser de ninguna manera: luego, si no son unas, no existen; su nombre mismo es absurdo, porque es un nombre que ni representa ni designa cosa ninguna.

Por lo que hace al hombre individual, procede su negación de diferente manera. El hombre individual es el único